

yado en Bello, en Menéndez Pelayo, en Vossler y en Rosenblat, Rivas Sacconi ve con cierto optimismo el problema de la unidad lingüística española, pero no deja de advertir que "la amenaza [de la fragmentación idiomática] puede resurgir con la pérdida de impulso de nuestra cultura". En la integridad espiritual está la clave de la integridad lingüística. Es curioso observar que las razones dadas por Menéndez Pidal hace unos diez años para demostrar una creciente unidad del idioma, sirven a Rivas Sacconi para desconfiar del futuro: "Vivimos —dice— en un mundo en que todo conspira contra la integridad espiritual de los pueblos: acortamiento de las distancias, facilidad de las comunicaciones, medios de difusión y propaganda atentan contra las costumbres, contra las tradiciones, contra la lengua, de manera persistente y deletérea." Con todo, no llega al pesimismo de Cuervo; impone condiciones a la confianza: "Si el alma nacional está viva, si la cultura vive y es una, la lengua vivirá y será una." Sería de indudable eficacia que un humanista contemporáneo como Rivas Sacconi planteara estas cuestiones con la extensión que merecen.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Instituto Bibliográfico Mexicano.

FRANCISCO MONTERDE, *La dignidad en don Quijote*, UNAM, México, 1959; 346 pp. (Col. *Cultura mexicana*, nº 22).

Se reúnen en este volumen 28 ensayos —la mayoría, breves— de distinto asunto, aunque siempre de idéntica altura literaria. El profesor Monterde ha sacrificado voluntariamente todo el aparato crítico que sus amplios conocimientos, con facilidad, le podrían haber proporcionado; ganan, con ello, los lectores, que pueden así disfrutar de la elegante prosa del escritor. Mas en cada afirmación, en cada juicio crítico de éste se advierte, no la opinión impresionista del literato, sino la autorizada lección del catedrático de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Combinación satisfactoria de saber y sensibilidad.

Los estudios literarios aquí reunidos aparecen agrupados dentro de cuatro ámbitos geográficos: España, desde la prosa de Cervantes hasta la poesía pura de Juan Ramón; México, en sus tres etapas —precortesiana, virreinal e independiente; Hispanoamérica, vista a través de diversas corrientes y variados autores; y "Otros climas" (europeos), como muestra de la amplitud de intereses e inquietudes del autor.

En el primero de los ensayos, cuyo título presta su nombre a todo el libro, el *hispanista* Francisco Monterde nos ofrece unas breves pero hermosas páginas —quizá su belleza haga parecer mayor su brevedad— sobre el *Quijote*. Con penetrante tino se nos muestra aquí cómo cumplía Cervantes su propósito declarado de ofrecer deleite y enseñanza a los lectores; cómo, para el lector contemporáneo, “el mayor placer está en la narración, el coloquio, la plática. Más bien que la aventura —llega a pensarse—, lo que importa es el preludio, la preparación de aquélla, y después, el comentario: los razonamientos, a veces con generalización ejemplar, que siguen a cada episodio. Todo breve, medido: «Ninguno es gustoso si es largo» —se advierte, como norma” (p. 16). Monterde, “hombre de bien” —como el propio don Quijote, o como Cervantes— comprende (siente) de manera cabal la grandeza de espíritu del héroe máximo de nuestras letras. Advierte con amargura que, ahora como en tiempo de Cervantes, son ya inútiles las virtudes —valor, lealtad, amor a la justicia— sobre las que descansa la alta dignidad del caballero “loco”. Y destaca, a la vez, la manera igualmente digna con que Cervantes supo presentar y tratar a su héroe.

También se leen con sumo agrado las páginas dedicadas a “Pérez Galdós y el teatro de su época”, que forman el capítulo III. Prueba Monterde en ellas que los juicios de Galdós sobre la actividad dramática de su tiempo son enteramente atinados y modernos (“por certeros, vigentes”: p. 51), y revela cómo el gran novelista reconocía la fina intuición con que el público de cada época sabe juzgar el valor de las obras que se le presentan.

En otro de sus ensayos de tema hispano hace el profesor Monterde una emocionada evocación de su entrevista —amorosamente mantenida en la memoria— con Juan Ramón Jiménez. Y en el único estudio que rebasa los límites de lo literario, Monterde, Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, hace una rápida incursión —“a velocidades de satélite artificial o de proyectil guiado” (p. 27)— por los dominios de la lingüística española. Quizá la velocidad “meteórica” explique la imprecisión de alguno de los juicios aquí anotados.¹ Pero la amplitud del

¹ No es, por ejemplo, nueve —como el de las musas— el número de las lenguas romances; a las mencionadas por el profesor Monterde habría que añadir —de acuerdo con romanista tan autorizado como Carlo Tagliavini (*Le origini delle lingue neolatine*, 2ª ed., Bologna, 1952)— dos más: el franco-provenzal y el catalán. La “agilidad” característica del dialecto castellano (p. 28) es consecuencia, más que del vigor del trasplante latino, de la relativamente superficial latini-

tema observado —la evolución histórica de nuestra lengua— frente a la limitación de las páginas a él dedicadas, justifica esas leves nubosidades registradas en la fotografía "espacial".

Tras estos cuatro ensayos de tema hispano, se adentra el autor por los dominios de la literatura mexicana —indígena o castellana—, de los que es gran conocedor y maestro indiscutido.

Magistrales, en efecto, son las páginas dedicadas a mostrar la importancia de "La obra de Mariano Silva y Aceves" (pp. 285-307), escritor que tal vez no sea tan conocido como —en estricta justicia— debería serlo.² Magistral también, en el ámbito más amplio de la literatura hispanoamericana, la compendiosa revisión que Monterde hace de la trayectoria seguida por la novela en estas tierras de América durante el siglo pasado; con juicios breves, mínimos, pero siempre certeros y justos ("todo breve, medido", como en el *Quijote*), nos proporciona una valiosa apreciación de "La novela hispanoamericana, del prerromanticismo al realismo" (pp. 147-158).

Es de justicia recordar aquí la decisiva influencia que el profesor Monterde tuvo en el conocimiento y la difusión de una de las novelas más importantes que sobre la Revolución mexicana se han escrito: *Los de abajo*. Así lo reconoció siempre el propio Azuela y tal es la verdad, pese a la modesta negativa de Monterde. El cual explica, en el ensayo sobre "La novela de la Revolución" (pp. 267-277), las causas por las que tuvo tan poco éxito, durante los años subsiguientes a su publicación, una novela tan lograda como *Los de abajo*.

zación de las zonas cantábricas en que el dialecto nace, frente a la profunda romanización de las provincias meridional y oriental —bélica y tarraconense.

² Alude Monterde, de pasada, a la labor realizada por Silva y Aceves como fundador y director del Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas (pp. 305-306). Permitaseme hacer hincapié —siquiera sea brevemente— en la importancia que tuvo esa actividad personal del fallecido profesor. El Instituto, así como la revista que le servía de órgano expresivo —*Investigaciones Lingüísticas*— fueron obra, única y exclusivamente, de don Mariano Silva. En un país como México, carente de tradición filológica, debió de resultar empresa casi titánica la fundación del Instituto y, más aún, el notable desarrollo que en pocos años consiguió para él su entusiasta director. Pero, muerto el hombre, muere —desdichadamente— la obra. Sólo un año pudo sobrevivirle la revista. ¡Cuánta falta nos está haciendo otro Silva y Aceves, capaz de recrear un Instituto que se encargue de estudiar la lengua hablada en las distintas zonas de México, antes de que sus variedades regionales mueran sofocadas por la nivelación lingüística culta, que se irradia desde las grandes ciudades del país!

Resultaría demasiado prolijo tratar de resumir aquí todo el rico contenido de este libro, escrito —según una primera impresión— un poco a vuela pluma, pero con base —realmente— en sólidos conocimientos y amplias lecturas. Monterde nos habla en él de autores tan diversos como Lizardi, Martí, Justo Sierra, Díaz Mirón, Bolívar, Fernando Calderón, Gabriela Mistral, Rafael Delgado... Y aun, sobrevolando el Atlántico, de las novelas de Thomas Mann, del diario de Ana Frank y del mundo artificial y sugestivo de fábulas y cuentos muy variados. Libro, en fin, lleno de observaciones atinadas, de apreciaciones certeras, que todos nuestros estudiantes de letras deberían conocer.

P. ONTAÑÓN DE LOPE

LUDWIG PFANDL, *Sor Juana Inés de la Cruz, la décima musa de México. Su vida, su poesía, su psique*. UNAM, México, 1963; xxv + 380 pp. (Publicaciones del Instituto de Investigaciones Estéticas).

Un poco tarde nos llega esta obra de Pfandl, editada por primera vez en Munich en 1946.¹ Pero "nunca es tarde si la dicha es buena", y dichosos podemos sentirnos de leer en español el último libro del hispanista alemán, muerto en 1942 cuando su patria se hallaba envuelta en la espantosa carnicería de la última guerra europea.

Para México era inexcusable darnos a conocer el libro sobre una de sus más auténticas glorias literarias, cuya traducción se encomendó al experto y diligente profesor Juan Ortega y Medina, y de cuya edición y prólogo se encargó el perito en cuestiones mexicanas Francisco de la Maza.

Con sólo recorrer el índice, nos damos cuenta de la importancia de esta obra, de la que sale con nuevo perfil la inspirada poetisa Juana de Asbaje. Ya de la Maza anota en el prólogo (p. VIII): "Hay que acercarse a Sor Juana y verla sin tocas, sin escudo pectoral, sin mangas perdidas, sin el magno rosario envolvente..." Esto es lo que efectivamente —y creemos que con éxito definitivo— realiza el estudioso hispanista, quedando "Sor Juana, después de este libro, más mujer y menos monja; más humana y menos misteriosa", como dice el mismo de la Maza en su prólogo (p. IX).

1. Título original: *Die Zehnte Muse von Mexico, Juana Inés de la Cruz. Ihr Leben, Ihre Dichtung, Ihre Psyche*.